



REGLAS ORTOGRÁFICAS

Dib. AREUGER.—Madrid.

- Está muy bien, señor Fernández; pero aquí pone usted te con ache. ¿Por qué?
—Por que como el te viene de China y China tiene ache...



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

6.—Conflicto corriente

Inquilino del 1.º, A	P	Inquilino del 1.º, B
Rio de Francia		
Para trillar		

7.—Arrepentimiento

500	Sensación	500
1000		
MOTIVO		



SOMBREROS BRAVE 6 · MONTERA · 6

8.—Un accidente

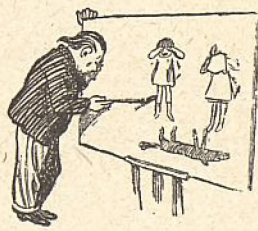
Artículo	Mandato
Obispado de Zamora	Obispado de Teruel
Alhucemas	A Señas
Gracia	Marchar

Cupón núm. 2
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre

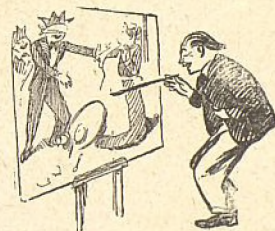
EL ARTISTA QUE SIENTE DE VERDAD



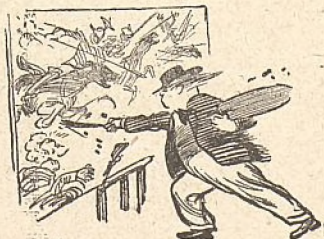
Pintando unos amantes.



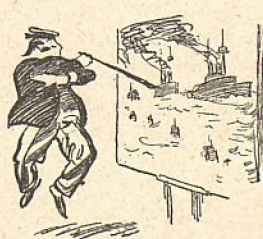
La muerte del perrito.



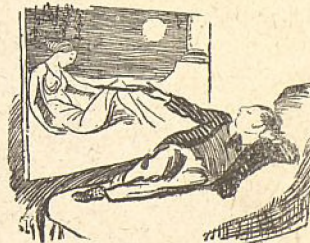
Jugando a la gallina ciega.



Carga brillante de una brigada.



La escuadra inglesa.



Dolee farniente...

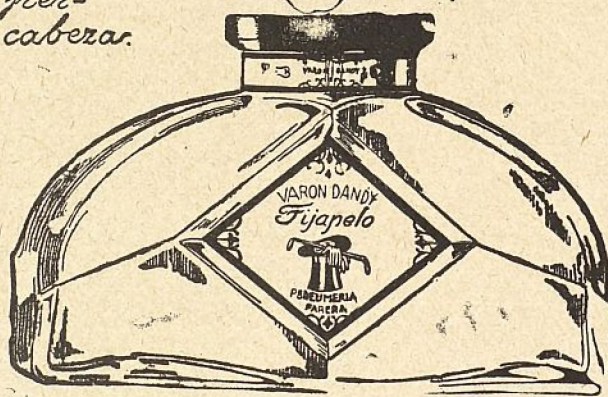
Varon Dandy



¡Todos; harers extensible, elogio del FIJAPELO Varon Dandy. Creacion la más perfecta y de buen tono para el fijado permanentemente que embellece la cabeza.

PERFUMERIA
PARERA

Badalona



BALL
VAL

¡SEÑORES! ¡QUÉ ALMANAQUE DE



BUEN HUMOR



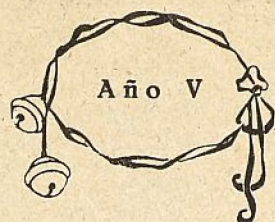
ESTAMOS HACIENDO!...

¡LOS MEJORES LITERATOS!

¡LOS MEJORES DIBUJANTES!

EN FIN, SEÑORES, ¡UNA COSA ESTUPENDA!

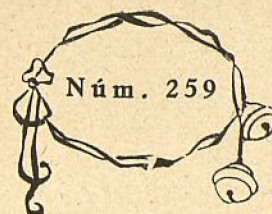
¡Y ES QUE SOMOS LOS AMOS!



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 14 de noviembre de 1926



COMEDIAS RAPIDAS

EL SACRIFICIO DE YOGATARO

Drama bárbaramente japonés, que tiene su acción en un fumadero de opio, situado en los arrabales de Tokio, según se entra a mano derecha.

PERSONAJES: *Los absolutamente precisos y necesarios.*

DECORACIÓN: *Salón del fumadero de opio de Tao Kusiu. A la derecha e izquierda, varias colchonetas rectangulares y mugrientas donde yacen dormidos por el opio y soñando cien preciosidades, algunos parroquianos del fumadero. Al fondo, especie de mostrador, donde un Boy, nombre que se les da a los criados en el Japón, se ocupa de llenar de pasta de opio las pipas que han de consumir los parroquianos.*

Ambiente muy misterioso. Poca luz en la estancia. Se oyen palabras sueltas y voces roncadas. Huele un poco a taller de guarnicionero. Para más detalles, interroguen al autor o a cualquier pariente del autor.

Al levantarse el telón, en escena los tipos ya dichos. Después de una pausa de dos horas y media, que servirá para dar al público la sensación de quietud y silencio que reina en los fumaderos de opio, entran por una puerta YOGATARO y HARASHIRA. Son dos japoneses cortos de talla y cortos de vista. Visten a la europea y tienen caras de cámaras turcas.

YOGATARO.—Penetra, Harashira y que el cielo quiera que lo hagas con toda felicidad y complacencia.

HARASHIRA.—Gracias, Yogatara. Que el cielo, a su vez, te premie tu buen deseo y tu circunspección. *(El lector podrá observar lo pelmazo que se hace el diálogo a fuerza de amabilidades; eso es cosa del Japón y yo lamento mucho que sea así.)*

YOGATARO.—¿Tus menudos y lindos pies han pisado alguna vez el piso de este amplio y elegante fumadero?

HARASHIRA.—No. Nunca tuvieron ocasión mis ojos de contemplar esta rectangular estancia.

YOGATARO.—¿Cómo? ¿Es posible que tus delgados labios no hayan aprensado nunca la boquilla de una pipa de opio?

HARASHIRA.—Nunca.

YOGATARO.—¿Me lo dices de verdad o me lo dices de boquilla?

HARASHIRA.—Te lo digo de verdad, nieve de las cumbres.

YOGATARO.—¡Es raro, agua de los mares! *(Ya es sabido que los japoneses se dirigen continuamente extraños y complicados piropos.)* Pues bien, quiero ser yo quien descorra ante tus atónitas miradas el velo que oculta la visión pintoresca de un fumadero de opio. Llamaré al Boy, nos traerá unas largas pipas, fumaremos y pronto tu espíritu vagará por las regiones celestiales del ensueño.

HARASHIRA.—Gracias, abeto de la llanura.

YOGATARO.—De nada. Quiero hacerte feliz, rosa de la primavera.

HARASHIRA.—Te lo agradezco, automóvil de alquiler. *(Se sientan en el suelo sobre una esterilla.)*

YOGATARO.—¡Boy! *(El Boy levanta la cabeza.)* ¡Boy, ven!

Boy.—¡Va! *(Se acerca el Boy.)* Lashira tava akú tsieu? *(Que quiere decir: "¿cuántas pipas les traigo a los señores?")*

YOGATARO.—Trae cuatro para empezar. *(El Boy se abaja y luego vuelve con unas pipas y una brasa. Los parroquianos encienden las pipas y fuman mientras charlan.)*

HARASHIRA.—Y bien, Yogatara... ¿Sigues enamorado de aquella musmée de que me hablaste?...

YOGATARO.—Sigo y seguiré siempre, luz de sol, porque mi corazón ya no reside en mi pecho, si no que me lo ha robado esa muñeca de laca...

HARASHIRA.—¿Me dijiste que se llamaba Flor de Almedro?

YOGATARO.—No. Flor de Almendro es la hija de mi patrona. La mujer por quien desfallezco de amor se llama Agua de Azahar. Es menuda como la lluvia de Abril y nacarina como una perla de Ceylan. Y es celosa como un buen empleado.

HARASHIRA.—¿Cómo? ¿Tanto te ama, que ya siente celos, luz de acetileno?

YOGATARO.—¡Ay, sí!

HARASHIRA.—En tu semblante, llevo del resplandor del sol de Urgoiti, leo la dicha en que te sumerges.

YOGATARO.—Sí. No lo niego. Estoy contento como un niño que toma la fosfatina.

HARASHIRA.—Feliz tú, para quien la vida guarda sus frutos sazonados. Yo, entretanto, sufro como si viese representar una comedia a María Gámez.

YOGATARO.—¿Que sufres?

HARASHIRA.—Sí. Lao degalira ibrima... *(“Sufro una bestialidad.”)* Yo amaba también a una musmée hermosa y kimoniada, mas su padre se enteró de nuestro amor y la sacó del Yosiwara para encerrarla en su casa. ¡Su padre me la arrebató de mis brazos!... ¡Su padre! ¡Oh! Tsieu tiu mi nao sawara! *(Que quiere decir: “¡Maldito sea su padre, y el padre de su padre y el padre del padre de su padre!”)*

YOGATARO.—Vamos, no te acalores, que en las calles hace frío y puedes coger una congestión al salir, planta del trópico...

HARASHIRA.—Ya me tranquilizo.

YOGATARO.—Fuma y calla, que con el humo de la boquilla se va pasando la juventud.

HARASHIRA.—Tengo idea de haber oído eso ya en alguna parte...

YOGATARO.—Lo oirías en la feria de Yokohama, cuando fuiste el año pasado a vender piñones.

HARASHIRA.—Seguramente.

YOGATARO.—Fuma y duerme. Que tus párpados caigan como la hoja en el otoño en los jardines de Kioto. (HARASHIRA va quedándose dormido cual tronco de encina.) (Por la puerta entra entonces SITA-TA-KIAMA, vulgarmente conocida por AGUA DE AZAHAR, hermosísima mujer japonesa de un metro veinte de estatura que viene recatándose el rostro tras un kimono color rinoceronte con anginas.)

AGUA DE AZAHAR.—¡Tiemblo como el pasajero de una motocicleta al pensar que alguien pueda reconocerme! ¡Si me vieran en este sitio! Pero el opio me domina y si no fumo dos o tres pipas todos los días, no tengo fuerzas ni para hacerme el moño... (Se dirige al mostrador.)

YOGATARO.—¡Por el cielo! ¿Acaso no es ella Agua de Azahar, la de los menudos pies? ¡Mi corazón estalla!

(Va hacia ella y la coge por una muñeca.) Agua de Azahar...

AGUA DE AZAHAR.—(Alterada.) ¡Yogataro!

YOGATARO.—¿Tú aquí? ¿Tú en este lugar infecto, donde todo vicio tiene su asiento y todo asiento tiene su vicio? ¡Oh! ¡Qué dolorosa impresión de ducha de agua hirviendo!

AGUA DE AZAHAR.—¡Yogataro! ¡Yogataro! Perdóname...

YOGATARO.—¡Ay! Ya me deslizo por el tobogán de la desilusión... Ya para mí el cielo y la tierra se han vestido de luto...

AGUA DE AZAHAR.—¡Oh! (Esta exclamación la lanza en japonés.)

YOGATARO.—Explicame, desdichada. Explicame, lodo de los caminos, por qué estás aquí...

AGUA DE AZAHAR.—Perdóname, espuma de cerveza. Soy desdichada, muy desdichada. Y he venido para olvidar en el opio mis sufrimientos, mordedores como un ofidio.

YOGATARO.—¿Que tú sufres, barro de las carreteras?

AGUA DE AZAHAR.—Sí. Estoy enamorada de un hombre, del que me separó mi padre y busco el olvido en esta droga infernal. ¡Porque el opio es una droga!

YOGATARO.—¡Lo que es una droga es lo que acabo de comprender! ¡El hombre que amas ¿no se llama Harashira?

AGUA DE AZAHAR.—¡Harashira! ¡El mismo! ¿Le conoces?

YOGATARO.—(Señalando el cuerpo durmiente y roncante de HARASHIRA.) Mírale.

AGUA DE AZAHAR.—¡¡Ah!! ¡El aquí!

YOGATARO.—También vino a olvidar.

AGUA DE AZAHAR.—Perdón...

YOGATARO.—Soy yo quien te ruega por Vallengano que me perdones el haberte llamado lodo de los caminos y barro de las carreteras. Eres buena. Eres pura como la leche esterilizada, y amas a un hombre con todas las hercúleas fuerzas de tu corazón. ¡Bien! ¡Basta! ¡Amate, es tu deber! Y mi deber, yo sólo lo conozco... Toma. Fuma. (Le da una pipa.) Tiéndete al lado de Harashira, y cuando ambos volvais de la región del sueño, un abrazo estrecho como un piso moderno, os unirá para siempre. Adiós. Que seais felices.

AGUA DE AZAHAR.—¡Yogataro!

YOGATARO.—Obedece. (AGUA DE AZAHAR se tumba junto a HARASHIRA y fuma con fruición. YOGATARO se retira hacia el foro.) ¡Sé lo que me corresponde! (Saca de debajo del chaleco un puñal y se lo clava en la región abdominal.) ¡Uh! (Fallece.)

(Comienza a amanecer.)

TELÓN.

EL LECTOR.—¡Atiza! ¿De manera que Yogataro se ha suicidado?

Yo.—Sí, señor.

EL LECTOR.—¿Y eso es frecuente en el Japón?

Yo.—Frecuentísimo. Las gentes se matan en las calles, en los restaurantes, en las plataformas de los tranvías...

EL LECTOR.—¡Hay que ver!

Yo.—Yo también, cuando estuve allá, me clavé una vez un puñal, pero no apunté bien, y en lugar de hacerlo en mi propio cuerpo, lo hice en el cuerpo de un amigo que me acompañaba.

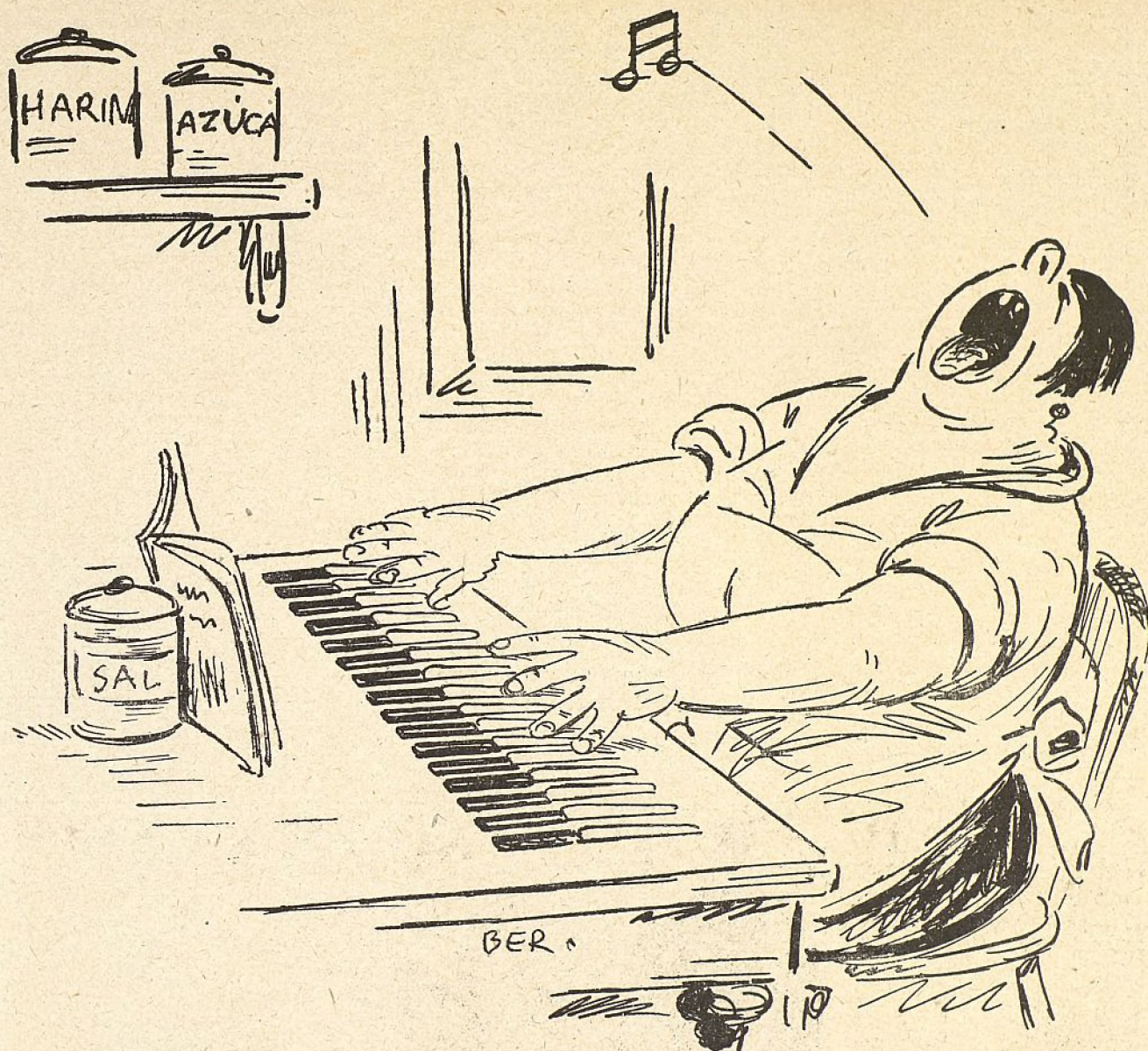
EL LECTOR.—Pues adiós. Que llevo mucha prisa. Hasta la vista.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. SERNY.—Madrid.

Ella.—¡Oye, tú no remas tan de prisa que nos salimos del dibujo!



La cocinera filarmónica.

Dib. BERGSTROM.- Niza.

BAGATELAS LA POCA MEMORIA DE ALGUNAS GENTES

Todo el mundo sabe que el mundo está dividido en dos clases de seres: la de los que tienen una gran memoria y la de los que no recuerdan nunca nada. El número de los amnésicos es exactamente idéntico al de los acreedores. Hay personas cultas que se encargan un traje, y en cuanto se lo ponen se les olvida que deben pagarlo. Hay otros individuos que reciben favores y beneficios, y no se cuidan de tenerlos presentes. La ingratitud es una de las peores manifestaciones, ¡ay!, de la falta de memoria.

Claro que la bondad también lo es. El hombre generoso y liberal prosigue dispensando sus mercedes sin preocuparse de recordarlas. En su costumbre de olvidar reside lo más rico y envidiable de su espíritu.

Pero como no es nuestro propósito intentar aquí un sesudo ensayo acerca de las enfermedades de la mente y de la voluntad, sino escribir unas cuantas chirigotas intrascendentes, fijémonos en ciertos individuos a quienes la falta de memoria ataca con

uniforme intensidad. Por ejemplo, las chicas de servir.

Las chicas de servir ofrecen al psiquiatra una fertilísima zona de observación en este asunto. Como se renuevan tanto en cualquier hogar decente, hemos tenido en el nuestro abundantes ocasiones para comprobarlo. Cualquiera que fuere su edad y procedencia, coinciden en olvidos de la misma laya. Todas ellas, cuando ponen la mesa a la hora de comer, dejan de colocar el salero. Ni aun la más meticulosa y atenta se cuida de

este simpático cacharrillo que ha de desempeñar tan importante función. ¿Por qué no se acuerdan de él ninguna de las pizpiretas menegüldas? He aquí un misterio psicológico que nuestra ignorancia no ha conseguido esclarecer.

Como tampoco nos explicamos por qué razón, al abrir una ventana, omiten el pormenor de dejar sujetas sus hojas al ganchillo que un espíritu discreto situó muy cerca, para evitar que una ráfaga de viento las cierre bruscamente y rompa sus cristales. Innecesario nos parece consignar que la industria de la vidriería basa su prosperidad en la falta de memoria de toda servidumbre.

¿Y ese grifo de la fuente de la cocina, que queda abierto? ¿Y esa carta urgente que se recogió en la portería y nos entregaron horas después? ¿Y esas cerillas que hay que pedir, por el patio, de ventana a ventana? ¿Y ese pobre cuadro que el plomero dejó torcido, y así permanece hasta que nuestra nerviosidad torna a colocarlo como es debido? ¿Y esa lámpara

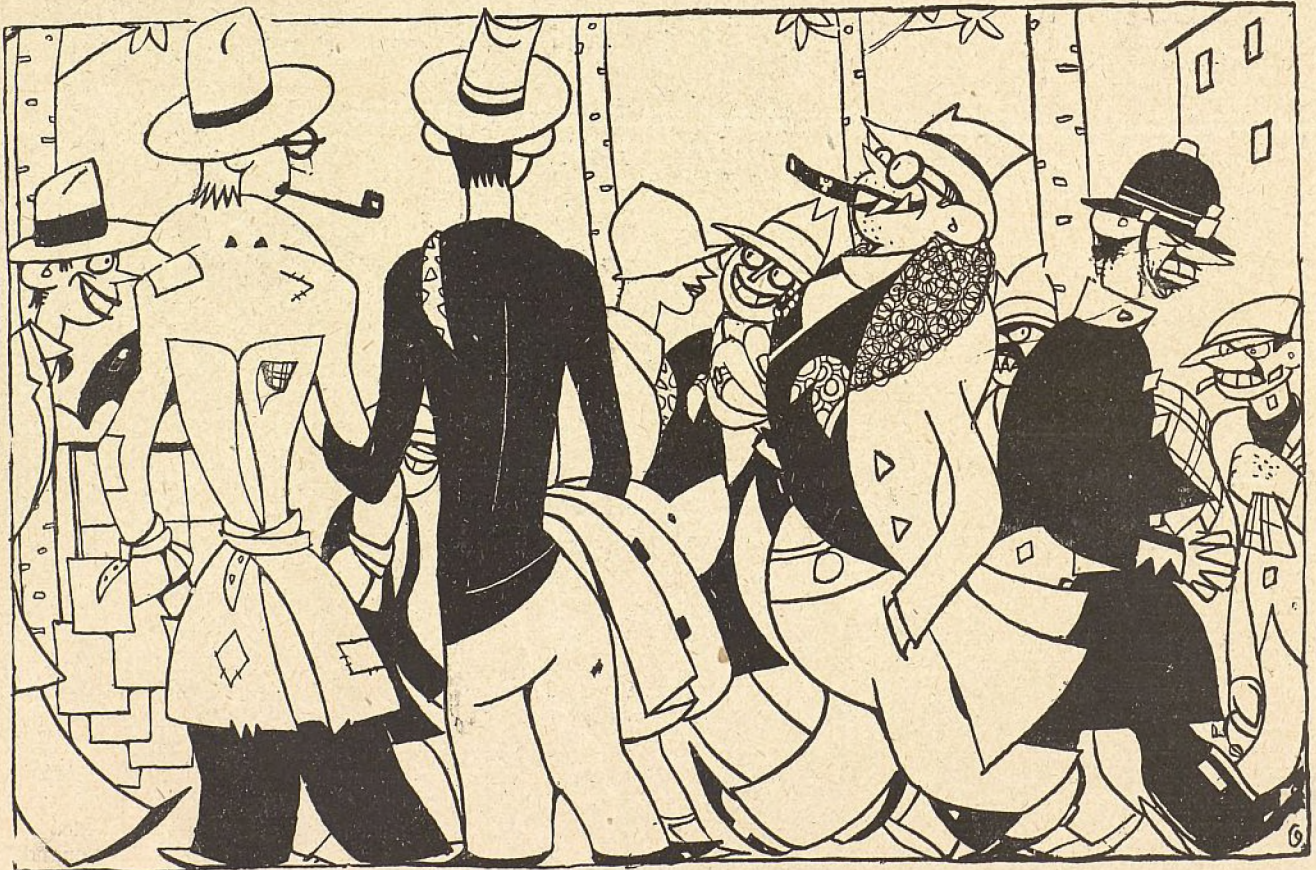
eléctrica que luce durante toda la noche en algún cuarto? ¿Y ese panecillo que falta a mitad de la cena, y hay que ir a buscarlo a escape, en la tahona de cuatro o cinco esquinas más abajo? ¿Y...?

La enumeración podría ser más extensa, si no pecara de insignificante. Lo curioso, lo que importa anotar, es que semejante falta de memoria se repite en todas, absolutamente en todas las chicas de servir, desde la alcarreña de cinco duros al mes, hasta la doncellita de doce. Y aun acaece en ocasiones que tal dolencia ataca a nuestra querida esposa, en virtud de un fenómeno de contagio que tampoco nos ha sido posible explicar; y así, si a la muchacha de tanda se le olvida poner el salero en la mesa, al ama no se le ocurre, a su vez, recordarle que lo ponga...

Por supuesto si la vida doméstica no abundase en menudos incidentes de este linaje, muy a menudo nos moriríamos de tedio. El orden y la meticulosidad siempre solícitos suelen ser los primeros aliados del hastío.

En los hogares dichosos donde no sucede nunca nada importante, justo es que se repitan las anécdotas triviales. Yo tengo un amigo un poco neurasténico, que es feliz todas las mañanas, con matemática puntualidad. La chica le deja a la puerta de su alcoba el par de zapatos que acaba de lustrarle maravillosamente. Al limpiarlos mete la cejuela allá dentro, hacia la punta y luego, ya concluida su faena, no se acuerda de sacar el pedacito de piel colocándolo en la forma que le corresponde. Y mi amigo se encarga de realizar la operación, que no carece de atractivos, porque la cejuela se ha escondido bien en lo hondo, y se resiste a salir a la luz. Los minutos que mi amigo invierte en subsanar el olvido son exquisitamente gustosos. Y cuenta con que seguirá saboreándolos hasta el día de su muerte, porque desde que se casó hace veintitantos años, ninguna muchacha dejó de proporcionárselos ninguna mañana.

E. RAMIREZ ANGEL



—Mira; ese que viene ahí es paisano mío; es el tío más rico de la Mancha. ¡Es un Creso!
—Sí, vamos, un Creso manchego.

Dib. GARRIDO.—Olivar Street.

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

El origen de la ciudad italiana, vulgarmente llamada Pisa, es tan remoto como divertido.

Allá por el año 523 (antes de Jesucristo y Loreto Prado) un romano caprichoso se enamoró de una socia, vecina suya, con un ímpetu escandaloso y repugnante, pero a pesar de camelarla con unas ansias, que más se acercaban a la náusea que al frenesi correcto, la socia no parecía dispuesta a caer en sus nervudos y latinos brazos. El romano, entonces, la empezó a ofrecer joyas y millones de sextercios, pero ella seguía indecisa e incólume hasta que un día le habló claro:

—Mira. Cayo Curcio Furcio, te voy a ser franca—le dijo—. Necesito, para ser tuya, que mandes construir para mi uso particular un pequeño pueblo al que deseo trasladarme con toda mi numerosa familia. Sólo te pido un palacio para mí y diez o doce casas para meter a mis deudos. Si lo haces, cuenta con mi amor. Si te niegas, vas a tener que contar con los dedos, y gracias.

Y Cayo Curcio Furcio, como cada día estaba más tarata por la tía, accedió a sus deseos y mandó construir el pueblo.

Y ese pueblo es lo que hoy conocemos con el poético nombre de Pisa.

De esto se deriva la siguiente y estupefactante consecuencia:

Que los antiguos procedían con las mujeres con mucha más esplendidez que los Tenorios de hoy, pues si bien es cierto que actualmente abunda el tipo que pone un piso a la hembra codiciada, es innegable que Cayo Curcio Furcio hizo bastante más.

Porque la puso un Pisa.

Una de las más deslumbrantes demostraciones de que en Norteamérica el feminismo se está metiendo en todo, nos la da gratis una señorita de Baltimore que está estudiando afanosísimamente para hacerse sacerdote a primeros del año que viene y empezar a decir misa en cuanto la dejen.

Lo cual tiene un poco moscas a los médicos yanquis, porque la Prensa dice que esta es la primera cura se-

ria que se ha hecho en los Estados Unidos.

Las distracciones mayores que se han registrado en el mundo las padeció una transeunte de la calle de Peligros, popularísima en Madrid allá por el año 1882, que se situaba en cierta esquina de la susodicha calle, con no se sabe qué misteriosos des-

gustos, a altas horas de la madrugada y mostraba singular empeño en saludar a todos los caballeros que cruzaban por su lado.

Se citan de ella, sobre todo, dos distracciones que han ingresado en los capítulos de la Historia con todos los honores.

Una noche pasaron ante ella (uno tras otro, y sólo con dos minutos de



—Con que ¿al fin te casas con Tony? ¡Yo creí que la cosa no pasaría de un flirt!...

—Eso creía el pobrecillo de Tony.

Dib. PERALS.— Madrid.

diferencia), plenos de juventud y optimismo, unos pollos que, andando el tiempo, habían de llamarse don Joaquín Sánchez de Toca y don Francisco Bergamín.

Y la buena señora saludó al primero de esta forma:

—¡Adiós, chato!

Y al segundo de esta otra:

—¡Adiós, hermoso!

Que, ¡vamos!, son dos distracciones como para ganar un campeonato y hasta para ganar el cielo si ustedes no se oponen a ello.

Hay en Nueva York un gigante tan descomunal que las chisteras que usa cuando se viste de etiqueta se las manda construir en La Habana.

Y la razón es sencilla: su formidable cabeza no puede cubrirse con un sombrero de copa corriente y necesita un sombrero de Cuba...

Entre las varias desgracias que

afligen a los cerdos, una de las más horribles es la de nacer en Pekín, en Tien-Tsin o en Lia-Kin.

Porque es indudable que un puerco que nace en uno de esos sitios es un puerco chino, o un cochino chino, y no me negarán ustedes que eso es ser mucho más cochino que lo ordinario.

Y como lo ordinario ya resulta bastante ordinario, de aquí que lo otro nos parezca el colmo de la ordinariéz, del infortunio y de la marranería.

¡La existencia nos reserva una de atrocidades que es una pena, caballeros!

En Londres se ha quedado viudo recientemente un guardia de la porra y es tan subcutáneo y tan desafortado el disgusto que le ha producido el fallecimiento de su esposa que todos los días, mientras cuida de la circulación en Trafalgar Square, arma unas llantinas y elabora unos sollo-

zos en medio de la calle que es un escándalo que trae ensordecido a medio Londres.

Por lo cual nos permitimos aconsejar a quien corresponda que, en lugar de llamar a ese funcionario guardia de la porra, se le llame guardia de la perra, o se le ordene que se calle, si no quiere que se le llame así.

Don Valeriano Weyler no ha estado nunca suscrito al semanario titulado *La moda elegante*.

A pesar del intensísimo frío que está haciendo en todo el mundo y de que el invierno se presenta con intenciones feroces de hacernos la pascua y parte de la trinidad, se está dando el caso absurdo y curiosísimo de que en París están subiendo los termómetros.

Los que la semana pasada costaban ocho francos, valen ahora catorce cincuenta.

Leemos en un periódico de Caracas un anuncio en el que un comerciante llamado Sergio Lapena ofrece un bar acreditado en traspaso por una modesta cantidad.

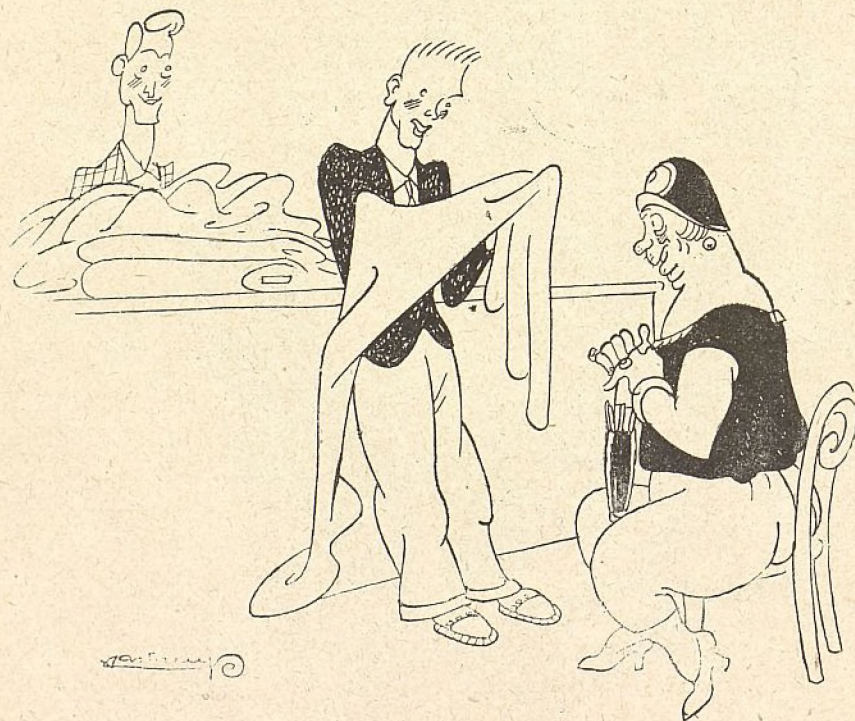
Y nos choca mucho que haya en el mundo un bar traspasado por Lapena, cuando nosotros creíamos de buena fe que los bares eran lugares alegrísimos y satisfactorios.

Aunque no lo dicen las sagradas escrituras, está bestialmente demostrado que, durante el Diluvio Universal, Noé padeció un fuerte ataque de gota.

En Checoslovaquia, cuando fallece un cajero de una casa de banca, no se le entierra con ataúd sino a cuerpo limpio.

Y esta medida está fundamentada en una petición de los cajeros que estimaban que era un abuso el que, después de muertos, se les siguiese teniendo metidos en la caja y sin pagarles el sueldo, que era lo más ofensivo de todo.

ERNESTO POLO



Dib CASTANYS.—Barcelona.

—Este es el color más acertado para una señora de cierta edad.

—¡Pero, joven..., si yo lo quiero para mí!

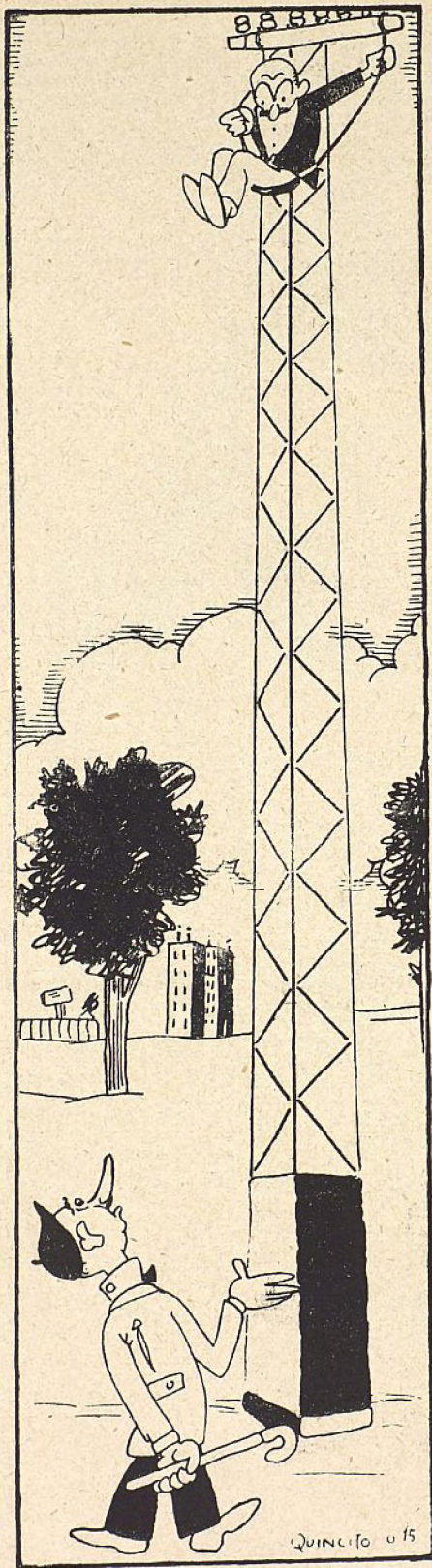


—Ahora me acuerdo que mi mujer me dijo que la llevase una merluza. ¡Buena se va a poner cuando vea que no se la llevo!

Dib. REINOSO.—Madrid.

PROBLEMAS CASEROS

LA IDEAL NIÑERA



Dib. QUINCIRO —Madrid.

¿Qué se le ha perdido a usted ahí arriba?

—Nada; que el médico me ha recomendado un clima de altura.

Mi amiga doña Purificación me contó lo siguiente:

Cuando Dios nos concedió el primer hijo, a mi esposo y a mí, tuvimos en casa una inundación de alegría. Pasada ésta, caímos en la cuenta de que nos era imprescindible necesaria una niñera; lanzamos la idea y comenzó a desfilar por nuestra casa el éxodo nómada de la niñería.

La primera que se nos presentó fue una mujer gorda, apoplética, *zeppelinesca*.

—Viene usted confundida—la dije—, nosotros queremos una niñera.

—Precisamente, señora; vengo a ofrecerles a mi hija: me gustan las cosas formales y he querido entenderme directamente con ustedes.

—Bien, bien, pues sí, es mejor, tráigame a su hija y cuando la vea...

La mujer levantó el delantal y de la faltriquera extrajo a su lindo y microscópico retoño. Me quedé estupefacta; la mujer lo comprendió y pretendió justificar.

—Está algo acatarrada, sabe usted, y para que viniese abrigadita...

Por estos augurios, empezamos a temer no encontrar niñera; sabíamos lo difícil que es una doncella, pero nos figurábamos que las niñeras serían más asequibles. Por fin, después de muchos días, nos quedamos con una no mal parecida, puesto que se parecía a su padre; la vestí *ad-hoc*, la chica se limpió, se pulió, era cariñosa..., en una palabra, *un hallazgo que aún no se había perdido*. Pero... efectivamente, esto de las niñeras está muy mal, tienen unas cosas que no se pueden consentir, nuestra felicidad fue efímera; a los dos meses la sorprendí un día abrazando a mi marido, ¿cabe mayor desvergüenza? Naturalmente, me puse como un basilisco y la despedí; aún la muy insolente quería buscarme una justificación.

—Yo... señorita... como estaba el pasillo oscuro y se parecen tanto... le confundí con el niño.

La puse de cínica y aun algo más colorido, hasta que me cansé: se consideró despedida, bajó los ojos y bajó las escaleras. Esto fue un mal paso; como si fuéramos víctimas de un anatemático no volvió a aparecer por nuestra casa niñera alguna. Pasaron días y tuvimos una que duró veinticuatro horas, veinticuatro que duraron una hora, una despedí por sucia, otra se marchó por limpia y luego ya, lanzadas en la vorágine de la *nurseria*, desfilaron por casa docena y media de niñeras y otros tantos militares sin graduación.

Un día acertamos a adquirir una que, al parecer reunía todas buenas cualidades; se llamaba Petronila, no obstante, era bastante gruesa, con una casi obesidad de camilla, era una gorda circular. Parecía que habíamos *dado en el clavo*; nuestro contento y felicidad nos parecían envidiables. Una mañana Petronila no se levantó: acudí a su cuarto y se quejaba de agudos dolores: se avisó al doctor; cuando éste llegó, Petronila dijo que ya no le dolía nada; al pretender reconocerla, negóse obstinadamente, diciendo que a ella no la había reconocido ni su padre. Retirose el doctor ante tal exabrupto y, cuando ya ganaba las escaleras, se detuvo.

—¡Doctor, doctor, suba usted que sí que tiene...!

—¡Pero si dice que no tiene nada!

—¡Es chico, doctor, chico!

Y era verdad; la Petronila tenía felizmente un hijo natural. Este fue un golpe demasiado fuerte para nosotros: de un vulgar y modesto deseo de buscar una niñera, habíamos llegado a encontrar la perfecta, la ideal, la completa niñera... con niño y todo. No había pedir más; aquello era la apoteosis del hallazgo.

Cogimos a nuestro hijo y lo llevamos a la Inclusa.

¿Para qué lo queríamos ya?

JOSE SEVER

¡QUE LE DEN LA OREJA!

Ya que en las corridas y en las novilladas, bien de *rico oro*, bien de *plata pobre*, están las orejas tan metalizadas, opino, lectores, que en las becerradas debe establecerse la *oreja de cobre*.

Porque es cosa injusta que los matadores y los novilleros, sus hijos mayores, gocen del prestigio que la oreja deja y a los becerristas, sus hijos menores, no haya forma humana de *verles la oreja*.

¿O es que los fumistas y los tranviersos y los ebanistas y los zapateros no son de igual carne que los propios *ases* ni ponen rehiletes ni saben dar pases igual que si fueran diestros verdaderos?

Cada cual ostenta su categoría.

¿Y el *capitalista* no es también un guapo?

¿No son cien peligros los que desafía?

Los cuernos..., los guardias..., la Comisaría...

¿Por qué no otorgarle la *oreja de trapo*?

Y a los Presidentes, que ven tan tranquilos cómo salen cabras de ocho o nueve kilos, y oyen que la pita la plaza conmueve, y se ven vejados por todos estilos.

¿Por qué no ofrendarles la *oreja de nieve*?

Y al *aficionado* que desde su entrada, cuando ve a un torero que le desagrada, para su familia tiene un mal recuerdo, o de apedrearle realiza la hombrada,

¿por qué no otorgarle la *oreja de cerdo*?

Y al hombre ilustrado, fino y elegante que, dando al olvido su nombre y su rango,

por si tiene un diestro poco o mucho aguante con una botella mata a un semejante ¿cómo no le ofrendan la *oreja de fango*?

Y en esas corridas, que llama la gente, de *Beneficencia*, los que van a verlas; a los matadores que *graciosamente* se juegan la vida con gesto valiente, ¿cómo no les brindan la *oreja de perlas*?

Y al monstruo que goza viendo al toro bravo destripar caballos y con menoscabo de su forma humana, su placer rezonga... ¿Por qué a toda prisa no le dan *el rabo*... con el fin, es claro, de que se lo ponga?

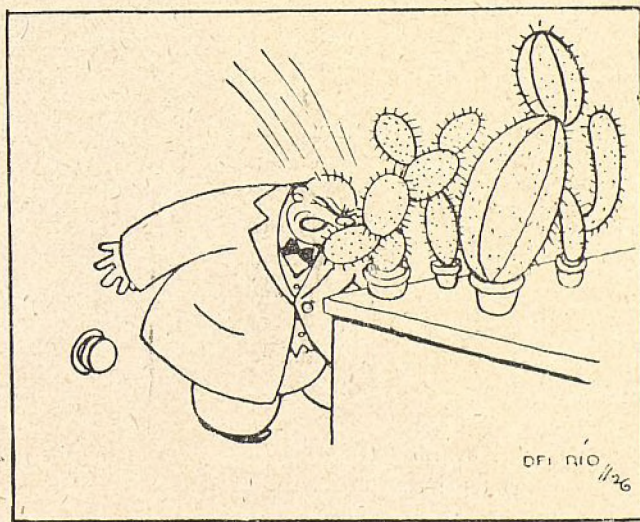
Porque, a juicio mío, no sólo el desnudo de los arlequines de los áureos trajes se debe, señores, premiar en el ruedo... También convendría mostrar con el dedo a *vivos*: *groseros*, *frescos* y *salvajes*.

Que hay mucho en los toros de gallarda liza; mucho que sus fieros lances sublimiza; y el diestro valiente que el estoque empuña, si tiene vergüenza, se desmoraliza cuando el populacho mete la pezuña.

Respeto, señores, para los Agüeros, Gallos y Lalandas... Si todos son fieros. Si, aunque van vestidos como comediantes, llevan en el alma frac de caballeros...

A aquél que lo logre de los gobernantes, si valen, señores, mis votos sinceros, ¡¡Que le den la oreja!!..., ¡¡pero de brillantes!!

JAVIER DE BURGOS



Dib. DEL RIO.—Barcelona.

—¿Qué le ha ocurrido a usted, queridísimo profesor, para llevar ese vendaje?

—Nada, hijo. Que ayer, visitando el jardín Botánico, tuve que estornudar...



YO QUIERO SER LADRON

Vengo de un cine de los bajos bajos, en donde pude entrar con mil trabajos, porque un público inmenso se agolpaba y el local a empujones asaltaba. Qué entusiasmo febril, con qué alborozo, con qué risas de idiota, con qué gozo presenciaba la gente el genio y maña de un célebre ladrón que hubo en España.

Cuando la policía burlada se veía por el bandido audaz, travieso y fiero que, atado, conducía al saladero, y al trasponer la esquina se escapaba y ya la policía no le hallaba, el público aplaudía medio loco... ¿Medio loco? No tal. He dicho poco. Loco entero y furioso se volvía armando bulliciosa algarabía gritando al polizone: ¡Te has lucido, el pájaro voló, busca su nido! ¡Mal perro eres de presa, has quedado a la altura de la fresa!

También en la pantalla han presentado de su feroz cuadrilla rodeado al popular ladrón Diego Corrientes, del cual dicen las gentes que a los ricos robaba y, lo robado, al pobre se lo daba, los gastos de custodia descontando y una pequeña comisión cobrando, pues, según la leyenda, el tal Don Diego en materia de Hacienda no era lego, pudiendo competir, en guerra franca, con el propio Marqués de Salamanca.

Un escuadrón entero le seguía la pista al bandolero que en cada lid mataba más de ciento incluso al que mandaba el regimiento. Aquí el delirio de la concurrencia no tenía continencia. Ante el arrojado del señor Corrientes se oyó un grito de: ¡Vivan los valientes! y una silba tremenda a los soldados vencidos y burlados.

Después de esta película espantosa



Dib. SAMA.—Madrid.

El joven que ha salvado a la muchacha.—¡Arriba las manos!

otra nos presentaron muy graciosa. Dos señoras de aspecto majestuoso se apeaban de un auto muy lujoso y entraban, a la clara luz del día, en una renombrada joyería, al dueño suplicando que exhibiese cuantas alhajas en la tienda hubiese. Ninguna les gustaba, y el joyero, por dárselas de fino y caballero adentro se metía con propósito de ver si en el depósito de alhajas escogidas, para aquellas señoras distinguidas podía encontrar joyas que valiesen y evitar que las damas se le fuesen a una tienda a comprar lo que, en rigor, era para la suya un deshonor, ignorando que aquellas mujerzuelas eran dos descendientes de Candelas. Por eso en cuanto aquél volvió la espalda, se metieron debajo de las faldas, con gran celeridad y desenfado lo que en el mostrador había dejado el dueño imprecavido, que en el forjado lazo hubo caído. Estas ladronas finas, que eran las populares *Vaquerinas*, con rapidez montaron en su auto, riéndose, crueles, del incauto, quien al volver veloz de la trastienda desvalijada se encontró la tienda. Nuevos aplausos, nueva algarabía, demostración de agrado y simpatía hacia aquellas rateras cargadas de sortijas y pulseras. El público disfruta, despiadado, al ver al infeliz desesperado, pues, loco de dolor, se tira al suelo, llora, pateo y se arranca el pelo. Entran los guardias y la silba aumenta... Y yo me hago esta cuenta: Pues, Señor, si al que roba es aplaudido y al que es hombre de bien, escarnecido, no dudo en la elección, prefiero ser ladrón, porque de esta manera la Sociedad entera me guardará las mismas atenciones que guarda, según veo, a los bribones... ¿Verdad que no estoy falto de razón cuando digo que quiero ser ladrón?

Tomás LUCENO

HAY QUE AYUDARSE

Es sabido que en algunos países de la vieja Europa y no sé si también de la virgen América, los periódicos cobran todo lo que publican. Si el cuento o la crónica de un escritor incluye la descripción del bello panorama que una población ofrece, o encomia la puesta de sol que se disfruta desde algún pico o ensalza el consabido encaje de espumas que lame las arenas de una playa, al día siguiente, el periódico pasa la factura al Municipio interesado, el cual la paga religiosamente (que es la forma más inexorable de pagar), pensando en los tu-

ristas que puede atraerle aquella literatura.

Es una ayuda providencial en estos tiempos de mutuas dificultades y lo que yo sentiría es que no resultara cierto lo que afirman algunos ases taurinos: que a cambio de agasajar a tal o cual revistero de toros, éste se pone a su devoción, por gratitud y afecto y se muestra benévolo con ellos al juzgar su actuación en el ruedo, mientras que si rechazan la amistad que el revistero les ofrece, éste exagera el rigor de sus juicios en las reseñas de la fiesta.

No es cosa nueva el que las indulgencias haya que pagarlas y si esta "entente" taurina resultara cierta, ello sería grato testimonio de haberse iniciado en un pequeño sector de la prensa lo que es ya añejo en otros muchos ramos de la vida. Así, podríamos tener la esperanza de que este privilegio no quedase localizado en la cuestión taurina, que por su propia frialdad e intrascendencia consiente sin desdoro esas cordialidades, sino que alcanzara a las demás secciones de la prensa diaria. De este modo el abogado en ejercicio podría intimar con el cronista forense, el actor con el de teatros, etcétera.

Dada la nautral desproporción que existe entre lo que gana "el que arrea p' delante y la mete toda en lo más alto" y lo que percibe un simple escritor de artículos o cuentos, no creo pecar de agarrado al ofrecer públicamente las siguientes gratificaciones a los escritores que quieran ayudarme:

Por una simple mención de mi persona: 10 pesetas.

Por un par de adjetivos ("culto y distinguido escritor" o "ameno y original cronista"): 12,50 pesetas.

Por un breve párrafo, escrito con discreto entusiasmo, poniendo entre comillas alguna frase mía: 15 pesetas.

Por un párrafo largo, ensalzando mi labor literaria y censurando la de otros escritores festivos de más nombradía: 20 pesetas.

Por un artículo entero, con inserción de un retrato mío, de hace diez años: 25 pesetas.

Como esta última cantidad es de alguna consideración, la abonaría en los siguientes plazos:

Diez pesetas al publicarse el artículo.

Cinco pesetas al recibir la felicitación de un lector desconocido.

Cinco pesetas al recibir la petición de un artículo para periódico de provincias.

Cinco pesetas al celebrarse un banquete en mi honor.

No llegan a más mis posibilidades y aun temo haber ido más lejos de lo que mis recursos me permiten. Por ello voy a terminar estas líneas con una de esas frases con que los comercios ponen límite a las gangas que ofrecen: "Sólo hasta el sábado".

RAMIRO MERINO

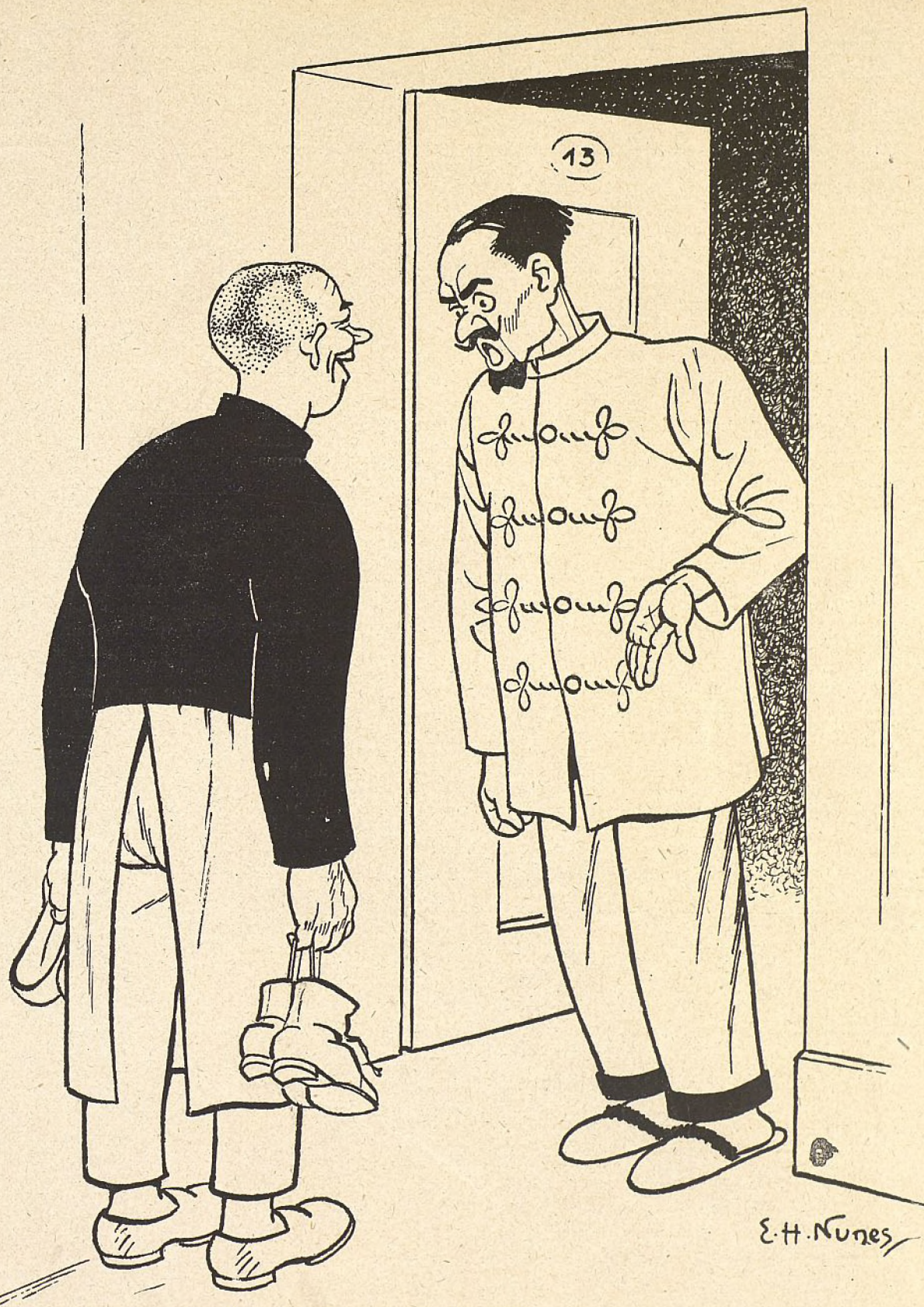


Dib. ORTIZ ROSALES.— Santa Cruz de Tenerife.

—Esas botas son demasiado viejas.

—¿Viejas? ¡Pero si no las han usado más que una vez!

—Bueno, pero se las pondrían para hacer una carrera pedestre.



—Hace media hora que estoy llamando y no viene ningún criado.
—No se apure. Cuando llegue el momento de darles propina, vendrán todos.

Dib. NUNES.—Portugal.

« ER ZEPHELIO »

CUENTO ANDALUZ

—¡Compare de mi arma! ¿Qué hace usted por aquí?

—Ná, compare: que he venío a Cádi pá un negocio e grano y me he bajao aquí, en la Isia, pa descansá. Mañana mismito me güervo a Medina.

—¿Aónde ha venío usted?

—En ese artomovi.

—¿Cuá: en *er contentito*?

—¿Cómo *er contentito*?

—Sí, hombre: a ese artomovi le han puesto así por los muelles que tiene, que tóo er mundo va dentro dando sartitos y con la cara mú alegre...

—¡Je, je! Está bien, hombre. Digamelo usted a mí cómo tiene los muelles que ar llegó ar *pazo nivé* por poco azomo la cabeza por er techo. Gracia ar sombrero que aguantó er gorpe, y se me ha quedao como una gorra e visera... (Pausa.)

—Está usted más dergao, compare. Yo no le he querío decí a usted ná, porque sé que é usted mú aprensivo, pero tiene usted tóa la cara un trompo.

—Sí que he adergazao, compare. ¡Hombre!, y hablando de otra cosa. ¿Dónde podría yo dormí bien esta noche?, porque estoy rendío, hecho porvo... Usted que conoce er pueblo...

—¿Quiere usted alguna pozá?

—¡Nó, compare, pozá nó! No me quiero ni acordá de la úrtima en que estuve por feria é Chiclana... ¡Jozú, virgen der Carmen, que nochezita!

—¿Qué, mucho ruío?

—¿Ruío...? Er que armaban las chinchas comiéndome las jespaldas. Mire usted compare, no é exagerazió, pero saqué las costillas de bojigas, como si estuvieran jirviendo...

—Po, descuide usted, compare. Le vi a llevá a casa de María Escalón, que tiene una arcoba que é una tacita de plata, de limpia. La otra noche llevé allí ar señorito Curro Andrade que vino de Zevilla y le dió la *tajá* por no dormí en la fonda.

—Bueno, compare. ¿Pero será de confianza? ¿Está usted seguro de que no encontraré ningún bichito de ezos? ¡Mire usted que rompemos pa siempre las amistades! Mire usted, compare, que pa mí una chinche é peó que un *miura nurasténico*.

—Descuide usted. ¿No le he dicho que allí durmió don Curro y como si tar coza?

—E que don Curro, con la *tajá*, que sería como toa las suyas, no siente, cuando coge er *zueño*, ni a los *e-fantés*...

—No hay miedo, compare. ¡Cuando yo lo digo...!

Los dos campadres, tras de haber ingerido sendas docenas de cañas de manzanilla, se dirigen a casa de María Escalón, quien los recibe con toda

clase de zalemas y les muestra la habitación que tiene preparada para huéspedes.

Nuestro compadre, queda encantado de la limpieza que brilla y reuce en paredes y muebles, y para asegurarse aún más, se permite levantar el embozo de la cama, con un valor verdaderamente temerario. En plena sábana de abajo se destaca un puntito, negro e inmóvil, que examinado por la propia María, resulta ser una chinche de gran tamaño, pero cadáver.

—¿Lo ve usted? Aquí tiene usted una seña de la limpieza de mi casa. Una chinche pero muertecita. No ha podido aguantá er fregao y el *agua fuerte* que le doy a toitos mis muebles. ¿Lo vé usted? Pá que usted se convenza...

No muy convencido se fué nuestro amigo, pero quedó en volver por la noche para dormir. A la una y media de la madrugada se mete nuestro héroe en el lecho y apaga la luz. No llevaba media hora durmiendo, cuando siente en todo el cuerpo unos pinchazos y picotazos que le hacen saltar de la cama, como un loco, y encender la luz. Con gran horror ve que por la pared, y en hileras perfectamente paralelas, discurre una verdadera muchedumbre de chinchas que llegan hasta la cama, desde el techo. Recordaba esos hormigueros, modelos de constancia y laboriosidad. Otro símil bastante exacto, pudiera ser la instalación de un timbre eléctrico. El compadre se da por vencido ante fuerza superior é invulnerable, y sentado en una silla, espera pacientemente la llegada del crepúsculo matutino. Con las primeras e indecisas claridades del alba, el martirizado huésped, sale de su habitación y se dirige a la puerta de la calle. María Escalón le saluda cariñosa:

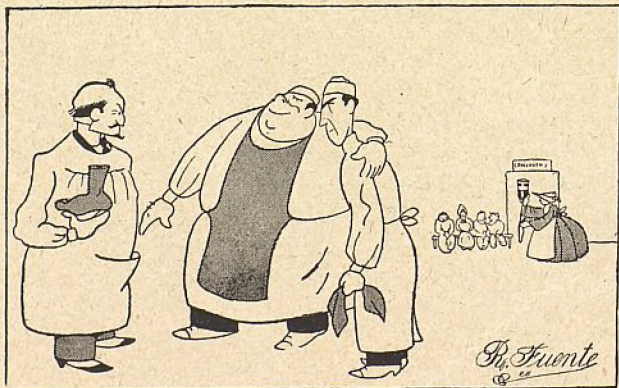
—¿Qué tal?, buenos días; ¿cómo ha pasado la noche?

—¡Regulá, zeñora! Sin pegá un ojo con las *pajoleras* chinchas.

—¿Chinchas? ¿No habrá sío la muerta?

—¡La muerta no! ¡Pero, ¿y las que han venío al entierro...?

PEDRO RISTORI MONTOJO

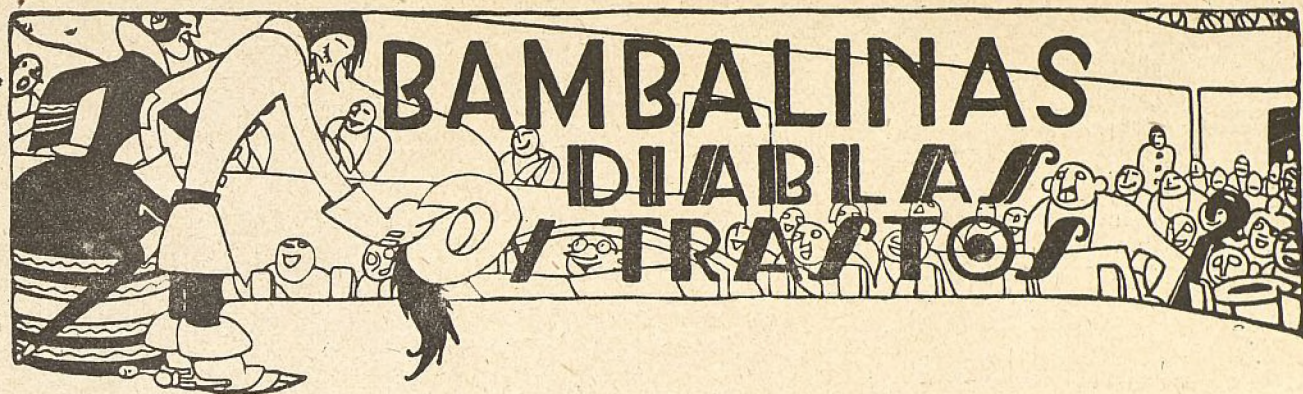


Dib. FUENTE.—Madrid.

—¡Acabo de hacer una operación estupenda; he sacado dos riñones, el hígado...

—Bueno, pero ¿y el enfermo?

—¡Toma! ¡Qué ocurrencia! Se ha muerto.



«Old Spain», por Azorín.

Este buen viejo, don Cosme, don Damián, don Alfonso, está dando grandes voces. Vive en la Corredera de San Pablo; tal vez en la calle de la Puebla, o en la del Pez, o en la del Espejo. Era notario de Nebreda y llama a su mujer y a su niña a grandes voces. La casa de don Cosme es una casa pequeña, recogida; en el despacho—despacho y cuarto de estar de la familia—, apenas cabe una mesa de trabajo donde ya no se trabaja, pero que don Cosme tiene llena de legajos atados con balduques de color rojo; donde hay un tintero con una campanilla de plata; una librería con cortinillas verdes, y una camilla con faldones de bayeta. ¡Estas camillas —*Old Spain*—donde el orujo del brasero se abre, como una granada, en montón ardiente, prieto, de rubíes; donde el gato dormita y donde las manos de los enamorados se encuentran y se oprimen, calladamente, silenciosamente, con larga y profunda emoción, mientras la tarde, afuera, tarde gris de invierno, declina!

Don Cosme ha dado grandes voces y ha surgido, como la figura de Quijano, magro y fantasmal, en calzoncillos—calzoncillos hasta abajo (*Old Spain*), atados con unas cintas blancas a los calcetines de lana—mostrando las perneras de unos pantalones apollillados.

¿Qué le ocurre a nuestro buen don Cosme, don Alfonso, don Justo, don Remigio? ¿Y a esta buena señora—un poco asmática tal vez; tal vez un poco obesa—que se llama doña Constanza, doña Lupe, doña Trinidad, doña Carlota?—¿Y a la gentil Paquita, Purita, Consolación, Remedios, Guadalupe?

Van a poner en el teatro aquella

noche una obra donde hablan de Nebreda, y el traje nuevo, el de salir—guardado en la cómoda desde aquel día en que le ofrecieron en Nebreda, como despedida, una placa en estuche de raso—, está apollillado y necesita un zurcido, uno de esos zurcidos sutiles que hacen detrás de los cristales, en las viejas ciudades castellanas, las perfectas casadas de estos pueblos que se llaman Almendralejo, Laporquilla, Cascales, Barrancahonda, Nebreda.

También nosotros—algo trémulos—nos hemos puesto nuestro sombrero de las grandes ceremonias, hemos cogido nuestro paraguas, algo pardo, de pequeños espectadores, y hemos presentado, con cierta timidez, un papeletito rojo al gran señor uniformado, enlevitado, con galones de oro, con botones de oro, que guarda la entrada del Corral de las Comedias, y nos hemos dejado arrastrar por el torrente humano que acude presuroso a situarse en las lunetas.

* * *

Este teatro fué fundado en 1921; es el antepenúltimo que se ha construido en la Corte; luego se construyeron otros; también antes se habían construido bastantes. Dice el Bachiller Alonso Peribáñez, en su *Crónica de Felipe II y Lola Montes*, que había en 1514 cincuenta y tres recintos de comedia y quinientos tabladiellos de Bululú. Y el padre Fray Lope de Agreda, en sus Sermones manuscritos de la *Biblioteca Nacional*, hace mención “de la boga que logran en el siglo los muchos hombres y mujeres que aparecen en público a las horas en que las personas honestas deben hallarse recogidas en sus casas y se acicalan el rostro con unguentos contra natura, habiendo de repetir con ademanes descompuestos y ha-

ciendo volatines impropios de gente seria, los dislates y aburridos despropósitos que inventan—malamente—los ingenios”.

Nosotros nos hemos sentado en la butaca y hemos esperado, humildes y sencillos, las manos apoyadas en el bastón del paraguas, la representación de la farsa.

Un resplandor se ha iniciado en la batería. Insistente, largo siseo de interés se ha levantado de todos los puntos de la sala.

Allá arriba ha salido un señor... Nos ha parecido muy simpático. Ha dicho varias cosas de un tal don Joaquín... Ha salido un clown... Nosotros sentimos por estos buenos payasos de los circos una profunda y muy antigua simpatía. Este simpático payaso quiere ver la obra. Lo mismo nos pasa a nosotros.

Se ha levantado ya la cortina, lentamente. Nos hemos quedado sumergidos, de improviso, en una profunda oscuridad. La escena, en cambio, fulge.

Una señora de edad y otra joven—muy simpática—van cambiando impresiones. Charlan mucho; no tienen que hacer nada; en estos pueblos viejos de Castilla pasa el tiempo despacio; no hay que precipitarse, da igual; “la muerte ha de llegar a su hora, sean cuales fueren nuestros afanes”, dice en sus Memorias don Gerónimo La Cierva, antepasado ilustre de este no menos ilustre don Juan, primer político del mundo. No hay prisa en estos pueblos. Y esta madre y esta hija la toman con calma.

Un buen clérigo sale, un clérigo de estas buenas iglesias que tienen una campanita y unas monjas y unas viejas. Un buen profesor de arte sale y bromea. La farsa, con él, da su primer

toque. Luego vienen otros, y vuelven; y aparece un clown y aparece don Joaquín. ¿Quién es este clown? ¿Quién es este don Joaquín? Dos buenas personas, un poco absurdas. La vida es algo absurda. En esta pequeña escena están pasando cosas ligeramente absurdas.

"Soñar... Dormir...", dice de pronto don Joaquín... y lo repite varias veces. A nosotros nos parece muy bien esto. Nos dormimos... Creemos recordar que el clown y don Joaquín

co en unas habitaciones modestas, reducidas, de allá, del final de la casa. ¡Qué detalle magnífico! Vemos con él todo el vivir de esta nobleza castellana, tan altiva, tan rancia y tan democrática, tan llanamente y tan espiritualmente democrática.

Vive en esta casa una joven. Modelo de la aristocracia recatada; sobria en el decir; graciosamente modesta y ¡tan señora!... Es devota, es educada, es tradicional... y es joven. Su decir es breve, discreto, mesura-

zonado, de buenos olivares de Castilla.

Nosotros sentimos una profunda simpatía por este caballero. Nosotros pensamos en estos viejos hidalgos de las viejas ciudades castellanas; estos hidalgos corteses que dejan pasar el tiempo, sosegadamente, sin pensar nunca en nada... absolutamente en nada. Dejan crecer la hierba en sus dominios, y con la hierba que crece a su sabor, como Dios quiere, van alimentándose los ganados. Ellos, lo mis-



Apuntes de la fiesta de los actores, por Rivero Gil

se suben por encima de las sillas y se encaraman a la mesa...

Nosotros creemos haber oído un chiste:

—Ese señor que está diciendo siempre *olé chipén*.

—No, mamá; dice *olespein* (Old Spain).

Abrimos los ojos desmesuradamente. La vida es un tanto absurda.

* * *

Es este un gran palacio. Es esta una gran casona nobiliaria de un viejo pueblo castellano. Los grandes, los vetustos salones dormitan en la penumbra. La familia se habrá recluí-

do; levemente, condescendientemente gentil; sólo en un breve momento nos ofrece corta lección, íntima confidencia. Y oímos, ¡con qué voz reconcentrada!, uno de esos párrafos perfectos, milagrosos, inimitables, puros, cuyo secreto fué y será privilegio exclusivo de un hombre.

¿Qué vida lleva el padre de esta joven? Tiene poco que hacer. Deja pasar el tiempo. Ha vivido, ha viajado. Su compañera fué al sepulcro. El gran señor—muy cortés, muy discreto, sencillito—vive entregado a la meditación, al recuerdo. En su aceña espiritual va extrayendo, gota a gota, el denso jugo rubio de un aceite sabroso, sa-

mo que sus prados, dejan que crezca la hierba en su mollera; dejan que su vida se cumpla con la majestad serena de los viejos, ancestrales, augustos alcornoques de su huerto que nos habian de tradición y de sus antepasados.

¡Con qué serenas, medidas palabras apabulla al pequeño norteamericano este pequeño señor—este gran señor, aunque pequeño—que habita en este gran palacio de Nebreda! Este pequeño norteamericano, un poco absurdo; este pequeño norteamericano don Joaquín ¡el pobre! es tonto.

¿Han meditado con seriedad nuestros grandes dramaturgos? ¿Se han

dado cuenta de la reclamación diplomática que puede presentarnos el Ministro de los nobles Estados Unidos? ¿Son los norteamericanos alocados, extravagantes, arbitrarios? ¿O hay también universidades, cursos de teatro, de arte, de ciencia?

—Filadelfia—dice el señor Bouvard que está a nuestra derecha—es una ciudad eminentemente universitaria y Harvard tiene...

—Calla—le dice el señor Pecuchet, que está a mi izquierda—, los turistas norteamericanos son atroces... Vienen, corren, pagan; lo ven todo, se meten en todo, hacen como que se enteran de todo y se van sabiéndolo todo, pero desde fuera, por encima. Son los nuevos ricos de la cultura.

—Eres, Pecuchet, un carpeto-vetónico.

—Eres, Bouvard, un pedante...

¿Qué es la tradición? ¿Qué es la Vida? ¿Qué entienden por Acción los accionistas? ¿Qué entienden los progresistas por progreso?... La tradición es espíritu... la verdadera acción es íntima. El progreso es una ola que avanza y se retira... El vivir es inexorable. Fluye el tiempo y la juventud tiene sus leyes... Las estrellas de América y de España son distintas, pero "el mismo oriflama es de azul". Este don Joaquín se ha creído que España necesita extravagancias. (No se ha enterado aún que es la patria de la "tomadura de pelo"; y puesto a "humour", aquí, en Old Spain, lo mismo que en New England, le pueden tomar a don Joaquín, no digamos el pelo del cuero cabelludo: hasta la lana del jersey—de Nueva Jersey y de Old Jersey—¡eso es viejo *It is old*. *Mister Brown*, pues ¡ya lo creo!)

Esta pequeña Pepita es muy modesta en las tomaduras de pelo. Es inocente y tiene prisa para que Mister Brown le tome el talle. Los atardeceres de Castilla son en eso, lo mismo en Nueva España que en Old Spain, de una eficacia infalible. Los atardeceres en estos huertos de Castilla son ahora, en tiempo de Alfonso XIII, como en tiempos de Enrique IV, propicios. (Véase la tragicomedia de Calixto y Malibea.)

Hemos salido del teatro... La noche es tibia. Chispea. Nos place regresar a nuestro retiro paso a paso.

Don Cosme se detiene, tose un po-

co, da con el bastón en el asfalto y continúa, con la cabeza baja, meditando.

¿Qué ha visto? ¿Qué ha visto el buen don Cosme? Y nosotros, pequeños espectadores, ¿qué hemos visto? Molière empleaba la fórmula $a + b + a$; Pío Baroja la fórmula $b + a + b$. Nosotros hemos visto la fórmula de un poco de $A B C + \dots$

Ya escampa. No chispea. Regresamos en suave monólogo hacia nuestro pegujal. La luz de los faroles se refleja en el agua del asfalto. Llegan bocinazos de automóvil. Algún auto, rauda, suave, avanza por la rua solitaria, crugiendo su ancha goma sobre el pavimento húmedo. Los pequeños comerciantes han cerrado sus tiendas. ¿Qué pensarán los pequeños comerciantes de esta comedia que hemos visto? Y allá en Nebreda, en Castre-

jón, en Alcantarilla, en Castro-Urdiales, ¿qué pensarán de esta comedia? Allá todo descansa y duerme en la noche. Todo quieto y en silencio. Algún reloj... La campana de las Clarisas—monjitas que venden un agua milagrosa para el mal de hijada, y unas yemas de coco—tocan a hora prima. Tal vez canta el sereno... Un tren, lejano, pita. Se oye su fragor, jadeante, conforme escala el recuesto, y vuelve a pitar luego, como un adiós, cuando se aleja...

Pronto cantará el gallo. Pronto aparecerá el panadero y tintinearán el yunque de la fragua. Pasará una vieja, de luto, con la silla de tijera y el rosario, para oír, en la catedral, la misa del alba...

En el olmo del ejido, canta el cuco.

MANUEL ABRIL



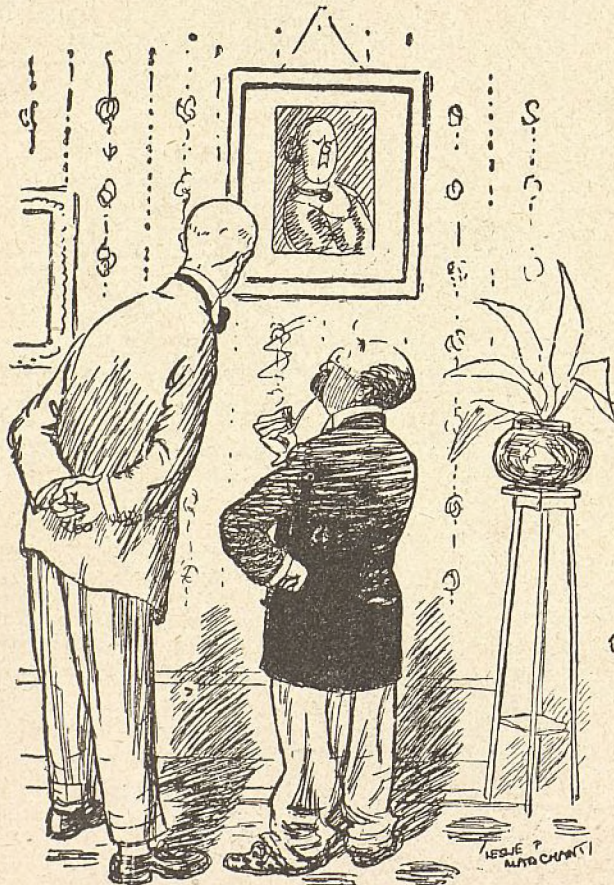
Dib. PRAS.—París.

—Horroriza, señora Policarpa, pensar en que hay tanta gente inclinada al mal.

—Ya lo creo. Sobre todo los médicos.

Naranjas de la China

Es Antonio de Céspedes un chico
sin sal en la mollera, pero rico;
y que, mal español, tiene la maña
de hallarlo todo bien (menos España),
pues juzga el malandrín, a quien no abono,
que desdeñar lo propio es de buen tono.
y cree, en diplomacia experto y ducho,
que admirar lo extranjero viste mucho...
Para él no hay en España agricultores,
ni sabios, ni estadistas, ni escritores;
ni hubo ni habrá poeta
que valga una peseta.
Frutas de su país no le seducen.
No sabe que producen:
la tierra de Aragón melocotones,
arroz Valencia y Añover melones.



El amigo.—¡Qué retrato más maravilloso de su mujer; está hablando!

El marido.—No se parecería si no hablara.

De London Opinion.

Quiso en cierta ocasión el tal Antonio
(que suele discurrir con el demonio)
dar a varios amigos un banquete
de los de rechupete.

Huelga decir que, fiel a su criterio,
no quiso titularlo refrigerio,
ni tentempié, ni menos cuchipanda
(que si no es piscolabis, cerca le anda);
five o clock dijo, porque nadie entienda
que es algo así como vulgar merienda.
Era el fin principal de *gaudeamus*
probar las mandarinas de lord Kramus,
un noble comerciante de Inglaterra
exportador de frutas de su tierra...
Lucido fué el yantar, muy animado.
El servicio en su punto y esmerado.
Si parecieron los manjares buenos,
no lo fué el vino menos.

Llegan al cabo las naranjas chinas
que eran, a la verdad, dulces y finas.
Convienen todos en que el postre es raro
y hay que comerle, aunque se pague caro.
Disfruta el anfitrión de la victoria
y, garoso quizás de mayor gloria,
mandó a un su mayoral recién llegado
presentarse al concurso entusiasmado.

—Toma—le dijo—prueba esa ambrosía
y a ver si Andalucía
produce mandarinas como ésta.

—Bien se ve que el señor está de fiesta—
responde el mayoral—; ¡vaya una guasa!
¡Si de éstas hay a puntapiés en casa!
—¡Qué dices?—grita Antonio.

—Lo que digo.

—No estás en tus cabales, buen amigo.
Mira bien esa caja.

—Ya me entero.

—¡La mandan para mí del extranjero!...

—La vi desde que entré. Pues esa caja
larga y angosta, rechonchilla y baja
es una de las mil que cada año
en Ayamonte apañó
y a ese *lone* de extranjis las remito
llenas de mandarinas,
y que no son por cierto las más finas
del huerto que allá tiene el señorito...—
Y, saludando a todos, con sosiego,
retiróse el labriego,
y el amo, objeto de ovación burlona
corrido se quedó como una mona.

Pide naranjas chinas a Inglaterra
todo incauto español a quien le pasa
caro y malo traer de extraña tierra
lo que bueno y tirado tiene en casa...

SANCHEZ PEREZ

CHISTES DE TODO EL MUNDO

—Has conseguido un empleo en el Banco, ¿eh? Supongo que lo deberás, en parte, a que conoces al D rector.

—En parte a eso, y en parte a que él no me conoce.

De *Richmond Herald*.

Un hombre llega a la Comisaría y dice:

—Ayer denuncié en esta Comisaría que me habían robado el reloj y vengo a decir que lo había perdido en casa y ya lo he encontrado.

—Llega usted tarde—contestó el Comisario—. Ya ha sido detenido el ladrón.

De *Der Gotz*, Viena.

—Conozco una muchacha riquísima que desea casarse con un joven bien parecido. Vete corriendo a casa, toma un buen baño, cepíllate bien y estoy seguro que te casas con ella.

—Sí, pero suponte que después de tomar el baño y cepillarme, no quiere casarse conmigo, ¿qué hago yo?

De *Penn Punch Bowl*.

RON BACARDI

El profesor de aeronáutica.—Estoy enseñando a volar desde hace cinco años. Jamás he oído una queja. ¿Que prueba esto?

Una voz entre los alumnos.—Lo muertos no hablan.

De *New York Medley*.

Estaba muy ocupado en su despacho el director de un Banco, cuando entró un caballero.

—Tome usted asiento, señor—le dijo el director sin levantar la cabeza.

—Supongo que no se ha enterado usted que soy el conde de Weserstein—contestó el visitante.

El banquero siguió escribiendo y dijo:

—En ese caso tome usted dos asientos.

De *Der Gotz*, Viena.

—Mi hijo escribe mucho y sus escritos son leídos con gran interés por mucha gente.

—¿Escribe artículos humorísticos?

—No... tarjetas de menús.

De *Der Brummer*, Berlín.

—Conozco un gran medio para evitar las molestias de los acreedores.

—¿Cuál es?

—Pagarles.

De *Aussie*, Sydney.

FRICOT LOCIÓN higiénica para el cabello, de rico perfume. Pedidla en las buenas peluquerías.

F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

—Me hace usted reír con sus chistes contra las suegras. Yo me llevo muy bien con la mía.

—¿Vive con usted?

—No. Ella vive en Chile.

De *Pèle-Mèle*, París.

—¿Es usted representante de una pomada para hacer crecer la barba?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué está usted tan afeitado?

—Como ejemplo de los horribles efectos de no tener barba.

De *Dorfbarbier*, Berlín.



—¿Estás triste, qué te ocurre?

—Mi padre acaba de arruinarse.

—Ya te decía yo que haría lo imposible por impedir nuestro matrimonio.

De *Excelsior*.—París.

CANAS

AGUA DE COLONIA HIGIENICA LA CARMELA ELABORACION ESPECIAL LOPEZ CARO

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia "LA CARMELA" no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 32, donde se dirige la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, Republica Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASAS REALES 10 SANTIAGO



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el «Concurso de chistes»».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

¿Cuál es la mujer que más conviene a un peluquero barbero? Una que sea lavandera porque mientras él está al pelo, ella a lavar va.

¿En qué se parece un tra-via especial de Cuatro Caminos a un pez listo? En que llega a la Red y se vuelve.

L. Cabañas.—Madrid.

—¿Cuál es el hombre ante quien se quitan el sombrero todos los mortales, incluso el rey?

—El peluquero.

F. Porres P.—Madrid.

De su catarro endiablado aquí el ruido se percibe.
¿Qué piensa ese desdichado que no usa Jarabe ORIVE?

—Haces mal Macario, en enfadarte por lo que digan los anónimos. ¡Si todos hicieran lo que yo!

—¿Y tú qué haces?

—¿Yo? ¡Ni siquiera los abro!
Vicente de Castro.
Puente de Vallecas.

Precaución.

En un cine recién restaurado de los desperfectos producidos por un incendio, colocó el empresario un gran cartel que decía:

“No fumar. Acordaos del incendio”.

Y un espectador, filósofo él, añadió en letras grandes a lápiz:

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En un restaurant:

—Mozo, tráeme una perdiz.

—¡Volando!

—¡No! ¡Volando no, que me pueden hacer daño las plumas!

Paulino C. Jiménez.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



¡¡Enfermos de la vista!
NO MAS MIOPES, PRESBITAS NI VISTAS DEBILES

Con solo friccionarse en las sienas con el maravilloso producto italiano, de fama mundial LOIDU, evitareis el uso de los lentes y adquirireis una envidiable vista, incluso las personas septuagenarias. Pedid hoy mismo el interesante libro gratis. Depósito general: Ugo Marone. Piazzeta Falcone, número 1, (Vomero). NAPOLI (Italia.)

“No escupir. Acordaos del Diluvio Universal”.

Moneda.—Barcelona.

Entre estudiantes.

—¡Hola, hombre! ¿Qué has hecho este verano?

—Pues estuve colocado con papá en el ministerio. ¿Y tú, qué has hecho?

—¡Yo tampoco he hecho nada!

Piedad Otaola.

Cierto prócer invitó a comer a un pobre diablo y, a los postres, obsequiólo con una copita

de vino de un pequeño frasco. Cuando lo hubo probado dijo el anfitrión:

—¿Qué le parece mi vino de cien años?

—Pues que para tener cien años no debía ser el frasco tan pequeño.

J. Sacristán.—Madrid.

En el teatro.

El acomodador.—¿No ha visto usted que acabo de llamar la atención a aquel señor por estar cubierto?... ¿Por qué tiene usted puesta esa gorra?

El paleta.—Porque el viento

se me ha llevado el sombrero al pasar por la estación de Parla, que me asomé a la ventanilla.

El tonto de Vallecas.

En un restaurant.

—Mozo, esta cuchara debe de tener envidia de las otras.

—¿Por qué, caballero?

—Porque tiene pelusa.

Benjamín López.—Madrid.

UNION COMERCIAL DE ACEBITES
Salgado y Compañía, S. A.
Compradores de aceites de oliva. Venta exclusiva al consumo interior de España
Oficinas: Reina. 45 dup., Madrid

Un guardia de la porra entra en una zapatería y pide unas botas.

—¿Qué número tiene usted?

—Le pregunta el dependiente.

—¡El doscientos diez y seis!

Fernando Salvo.—La Coruña.

EL MEJOR JABON

Fabricado con aceite de orujo
SALGADO Y COMPAÑIA, S. A.
Oficinas: REINA, 45 duplicado
M A D R I D

—Tú que has estudiado francés, ¿me puedes decir lo que significa *pourquoi*?

—Por qué.

—¡Hombre, porque me conviene saberlo!

J. M. Conde.

Un individuo toma un coque

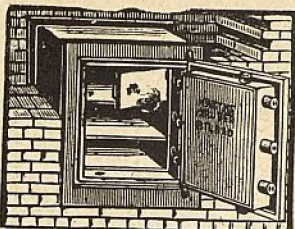
AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO. 402 BARCELONA



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos.

Pedid catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185. Bilbao

cuando se esté celebrando el divorcio!

Mohamed Ben Kaddur.
Melilla.

El señor que está de visita hace fiestas al niño de la casa:

—¡ Hay que ver, este niño... ha salido exacto a su bisabuelo, sobre todo en lo aplastado de la nariz!... ¡Lo que es el salto atrás!...

La niñera.—No, señor, si el salto que dió el crío, cuando se la aplastó, fué pa delante!

Rabalera.—Zaragoza.

Fernando es un polio pera que va a dar clase de inglés con miss Mary, que es un terroncito de azúcar de la bella Albión: busto exuberante, pantorrillas magníficas, cara para marearse,

¡la caraba!... Y además, a la pobre, con lo fuerte que está ia calefacción en su gabinete, se le ha olvidado ponerse la camisa.

La bella profesora, teniendo en cuenta que es el primer día de clase, dice al alumno al calo de un cuarto de hora:

—¿Le enseño más?

El alumno (*muy aplicado*).— Sí, sí. Todo lo que usted quiera. A eso estamos.

Risueño.—Madrid.

Quien la Pasta Dentifrica Orive

usa a diario por ser la mejor,

sensación agradable recibe

y despide gratisimo olor.

HERNIAS
Bragueros científicamente
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

de punto para asistir a la boda de su amigo.

El caballo va tan despacio que el hombre llama al cochero y le dice:

—¡ A este paso llegaremos

CUPON
correspondiente al núm. 259 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

La Canina, porque no se ven más que perros grandes y perros chicos.

Manuel Salgado García.
Madrid.

En un Banco.

El empleado (a un cliente que va a pedir que le anoten su crédito, para lo cual debía presentar la libreta anterior).—¿Y la vieja, dónde está?

—Está en casa.

—Bueno, pues tiene que traerla.

El cliente se retira y a las dos horas vuelve con su madre y, presentándosela al empleado, le dice:

—Aquí está la vieja, caballero.
Mina.—Barcelona.

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera»

Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor selecta»

Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte»

La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas á 15,00 ptas., según cabida.



Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, cogote, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección.

Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herbéticos. No mancha, ensucia ni engrasa.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS, para el cutis

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

R. R. D. Vitoria.—*El compañero* ha pasado a hacer compañía a otros compañeros desgraciadísimo que pernoctan en *Cestona*.

Oiram. Barcelona.—No sirve.

Una muchacha. Madrid.—Encantadora muchachita de nuestra alma: con toda nuestra admiración a su noble intento, todo el homenaje a su sincera y retrecherísima prosa, con el más férvido aplauso por los heroicos y luminosos conceptos que vierte usted (cual colonia perfumada) en el curso de su artículo, nos vemos obligados, muy a nuestro pesar, a no insertarlo en nuestras columnas... ¿Que por qué? ¡Pues porque rezuma amargura, a través de su estilo ligero y alado, y haría verter un llanto acerbo, silencioso y persistente a todas nuestras lectoras al llegar al pesimismo arrullador del final!

Besamos sus lindos pies, así como las aterciopeladas manos que han modelado ese monumento de humorismo, y los besamos una vez, diez veces, cien veces, siempre..., hasta más allá de la tumba, si usted quiere.

Agatocles.—En efecto, ha ido al cesto, que, según usted, le estaba esperando.

M. G. A. Madrid.—Si lo publicásemos, iba a haber más que voces. Y como estamos con una jaqueca que nos han recomendado los doctores el más absoluto silencio, ¡pues, velay!

M. A. O. Toledo.—Muy realista, algo sicalíptico, un poco sucio en el momento de llenar la criada la botella, y la caraba de espantoso en el final. Comprenderá usted, después de todos estos cargos, que no hay manera.

C. R. G.—Realmente estupefactados ante su original composición, titulada *¡Que no se enteren!*, no hemos podido resistir a la satánica tentación de honrar con ella nuestras páginas; y allá va, en su salerosa

totalidad, para que la degusten y saboreen nuestros numerosos admiradores:

“Que no se entere Vicente, que no se entere Carmelo, que no se entere don Justo, ni se entere Timóteo; que no se entere Fernando, que no se entere Tadeo, que no se entere Agapito, el cura de Ciempozuelos. Que no se entere Cristina, que no se entere don Pedro, que no se entere tampoco la novia de Luis Añejo. Que no se entere Mariano, que no se entere Consuelo, que no se entere Teresa, ni tampoco Filomeno. Que no se entere la Juana, ni tampoco Jesús Vierzo, que no se entere Juliana porque *vair* con el cuento, a casa de los Pardillos, a casa de los Flamencos, a casa de los Rubiales, a casa de Inés Vallejo, y éstas salen en seguida

corriendo a contar el cuento. Que no se entere José, que no se entere Inés Prieto que no se entere la Carmen, la hija de Pedro Izquierdo. Que no se entere la Paula, ni tampoco Micaelo, porque como éste se entere voy a saber lo que es bueno. Que no se entere Enriqueta, ni Luisa la del casquero, que no se entere Simona, la modista del tercero. Que no se entere don Roque, que no se entere el tendero, que no se entere la Inés, la hija de Paula Prieto, ni tampoco que se entere el ciego del ojo izquierdo el manco de los dos brazos el vendedor de pañuelos el que arregla los paraguas ni Luis el *ojalatero*. (¡¡!!) Que no se entere la Concha la mujer de don Guillermo, que no se enteren tampoco don Justo, don *Recadero* (¡¡¡!!!) don *Iniguez*, don *Torcuato* [(¡¡¡¡!!!)]

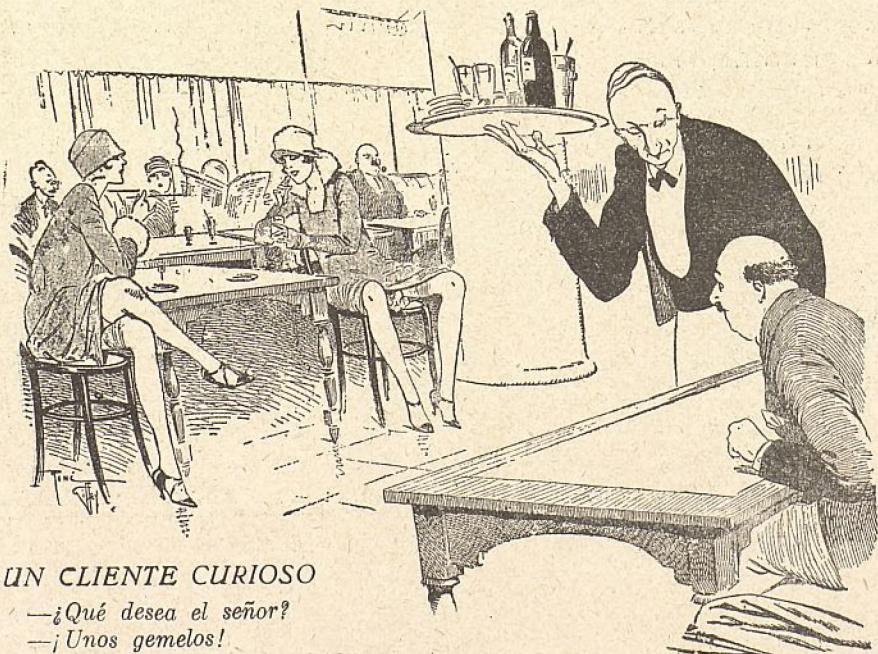
y el médico de mi pueblo. ¡Que no se enteren! Por Dios, que te debo veinte céntimos.”

¡Bueno, y ya hemos acabado, gracias a Dios!... Y ahora, perdónenos usted si hemos sido indiscretos, pero como usted no ha dicho que no se enteren los lectores de BUEN HUMOR, hemos creído que no le importaba a usted que se enterasen. Y elogiando el valor que en usted supone eso, damos fin a este asunto que crea usted que nos traía la mar de preocupados hace unos días.

Otero. Oviedo.

Perdóneme el buen Otero, más sus dibujos no quiero.

Claro está que en él consiste que quiera. En cuanto él quiera, puede que quiera yo, y nos quedaremos los dos mucho más satisfechos que ahora.



UN CLIENTE CURIOSO

—¿Qué desea el señor?
—¡Unos gemelos!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

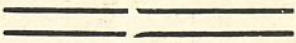

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
		UNION POSTAL	
Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas	Trimestre.....	9 pesetas
Semestre (26 --).....	10,40 --	Semestre.....	16 --
Año (52 --).....	20 --	Año.....	32 --
PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas	Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre (26 --).....	12,40 --	Semestre.....	\$ 6,50
Año (52 --).....	24 --	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos 
 insecticidas de
Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—¿Qué tal el viaje? Cuéntame, cuéntame.

—Delicioso.

—¿Habréis estado en París, en Londres, en Berlín?

—No se decirte. ¡Como fué mi marido quien sacaba los billetes!

Dib. CABANÈS.—Játiba.